

La (In)Felicidad

Andrés Velasco

*La felicidad, ha ha ha há
De sentir amor or or or or
La gente en las calles
Parece más buena
Todo es diferente
Gracias al amor*

Palito Ortega

RESUMEN

En Chile sin duda hay mucha gente que lo pasa mal. Una cuota de desdicha es parte inevitable de la experiencia humana. Más aún en un país como el nuestro —chico, distante, católico, todavía pobretón, malo para el fútbol y propenso a los terremotos. Pero de ahí a concluir que con nuestras propias acciones nos hemos condenado al sufrimiento, como hace hoy tanto profeta de la depresión, hay un gran trecho. Chile, en el lenguaje de los todopoderosos publicistas, es un país en marcha. Pero marchamos cojeando y asustados de lo que podamos hallar en la próxima vuelta del camino. Los grupos altos y medios lideran la marcha y por lo tanto son los más asustados. Como la prensa y la tele les prestan una atención desmedida, sus temores individuales o familiares se han convertido en obsesiones mediáticas. Vivimos mejor, pero nos preocupamos más. ¿Atributo inevitable de la modernidad? Quizá. Lo único cierto es que peor sería estarnos quejando del fenómeno opuesto.

■ **Andrés Velasco** es Sumitomo Professor of International Finance and Development del Kennedy School of Government de la Universidad de Harvard. Ex Profesor de Economía y Director del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Nueva York, recibió un B.A. en Filosofía y un M.A. en Relaciones Internacionales de la Universidad de Yale. Es doctorado en Economía en Columbia y realizó estudios postdoctorales en Economía Política en Harvard y MIT. Ha escrito cerca de cien artículos académicos y una novela. Es columnista regular de la revista *Capital*.

ANDRÉS VELASCO, Profesor del Kennedy School of Government, Harvard University, Cambridge, MA 02138, USA.

INTRODUCCIÓN

Los chilenos estamos deprimidos, pesimistas respecto al futuro. O acaso no sólo estamos sino que somos: infelices, desdichados, temerosos, arrinconados ante los avatares de la vida. Estas ideas se han instalado con tal fuerza en diarios y revistas, en el parloteo incesante de expertos y analistas, que cuestionarlas parece un acto de irresponsabilidad, o incluso de frivolidad. Sólo un insensible podría dudar que los cabros cesantes parados en las esquinas no tienen fe en el futuro o que al ejecutivo despedido a causa de la crisis asiática le aquejan el temor y la inseguridad. Y para qué hablar de la felicidad: cómo no va a ser infeliz una mujer cuyo marido la dejó por la secretaria o un hombre que casi se muere de apendicitis. Ejemplos de desdicha hay tantos y tan cercanos. De la anécdota a la generalización, a la construcción de toda una entelequia sobre el alma nacional, hay un paso muy corto, que los supuestos expertos no dudan en dar. Chile, país de infelices. Asunto resuelto. Ahora vamos a comerciales.

Un escéptico podría argumentar que los datos no parecen corroborar tales hipótesis. Si la frustración se debe a que hoy día vivimos peor que antes, el mentís es fácil. Hace tres décadas la esperanza de vida en Chile era 62 años; hoy es 76; la mortalidad infantil era 77 por cada mil niños nacidos vivos; hoy es 11. Al terminar la dictadura militar teníamos cinco millones de pobres; hoy son dos y medio. Sólo dos de cada diez jóvenes iba a la universidad; hoy son casi cuatro.

La comparación relevante no es con el pasado, probablemente responderían los traficantes de la tristeza, sino con lo que *podríamos ser*. Ese contraste nos apabulla. ¿Y qué podríamos ser? ¿Cuál es la medida de nuestras posibilidades? Nuestros vecinos son una vara posible. Y ya todos hemos oído hasta la saciedad que Chile tiene lejos la mejor economía de América Latina: en este año de *crisis* creceremos cerca del 4 por ciento, con un desempleo de un dígito; al otro lado de la cordillera la economía se contraerá –nadie sabe cuánto, pero podría ser entre 2 y 4 por ciento– con un desempleo del 16.

Meras cifras macroeconómicas, seguro retrucarían los apóstoles de la angustia. Lo que importa es la *calidad de vida*. Pero resulta que en esta dimensión tan mal no estamos. El índice de las Naciones Unidas –que toma en cuenta no sólo ingresos, sino distribución, medidas de libertad y de igualdad, calidad del medio ambiente, acceso a servicios públicos, etc.– nos califica de *alto desarrollo humano*. Solemos ser los primeros en la región (o al menos no disputamos el honor con Argentina y Uruguay) y clasificamos por sobre países como Rusia, Croacia, Estonia, Turquía, China, Indonesia o Tailandia. Otros índices internacionales apuntan en la misma dirección. Nuestra fibra moral –factor plausible de felicidad– tan fofa no está. La prestigiosa institución Transparencia Internacional concluye que Chile es menos corrupto que Alemania, Japón, España, Francia, Bélgica, Italia y Hungría, entre muchos otros.

¿Y la recesión que nos afecta desde 1999? ¿No es ella la culpable de nuestra preocupación? Mucha gente no tiene trabajo; otros ganan menos; el futuro se ve más negro. ¿Para qué buscarle más patas al gato? Los últimos años han sido duros, qué duda cabe. Pero el bajón reciente no cambia el hecho de que los chilenos hoy vivimos, cuál más cuál menos, mejor que nunca en nuestra historia.

Ello no garantiza, por supuesto, que seamos felices. Pero sugiere al menos que no estamos *condenados* a ser infelices. Y son muchos los países que han tenido que tragarse una tremenda recesión. En ellos la gente se queja, reclama, sale a las calles, le exige cosas al gobierno. Pero no necesariamente lamenta su pasado, duda de su futuro y se declara irremisiblemente desdichada. Una crisis del bolsillo personal no tiene que convertirse en una crisis del alma nacional.

Que sea una sociedad relativamente próspera y pacífica como la nuestra, que viene saliendo de un par de décadas de cambio muy acelerado, la que habla tanto de desdicha y depresión, nos da algunas claves del fenómeno. Hay dos tipos de frustración. Se frustra y deprime aquel en cuya vida no pasa nada; pero también se frustra y deprime (quizá aún más) la persona o sociedad a la que le pasa mucho. Unas gotas de cambio son bienvenidas. Pero el cambio vertiginoso, ese que no se controla ni se entiende, asusta. Chile ha cambiado a ritmo de caballo de carrera en las últimas dos décadas. Acaso ahí esté la clave de nuestro tan discutido desasosiego.

La identidad de los que pregonan esta supuesta crisis del alma nacional es también reveladora. Si Chile fuese la sociedad puramente estática, jerárquica y desigual que describen los profetas de la depresión, los de abajo se quejarían y los de arriba tratarían de acallar esos lamentos. Pero en Chile hoy las elites son las más quejumbrosas. Empresarios de traje de paño y bolsillo lleno nos auguran un futuro negro. Políticos de centro-izquierda, regordetes y lozanos tras ejercer el poder por una década, concluyen que todo se ha hecho mal. Académicos varios, tras cobrar su sueldo en una pujante universidad privada que hace cinco años no existía, anuncian que el país no tiene arreglo. Paradójica situación, ésta. Y portadora de muchas pistas acerca de nuestra mentada infelicidad.

En Chile hay dos elites: una de derecha, vinculada al sector privado, de larga data pero fortalecida por el régimen militar, que es dueña del capital y también de buena parte del resto del país; y una de centro-izquierda, con orígenes en los gobiernos radicales de los años cuarenta pero reinventada *new and improved* bajo la Concertación, que administra magras parcelas de poder en el estado y en la academia. Ambas están con la depre y por la misma razón: son progenitores por partes iguales del Chile actual. Y a esa criatura que tanto costó dar a luz, por la que la familia casi se desintegró, padre y madre la encuentran fea.

1. La depresión de la Concertación

Es cliché de la psicología –o al menos de esa versión bastarda de la disciplina que a diario vemos en las revistas y la televisión– que el éxito y la felicidad y todas las cosas buenas de la vida parten por quererse a uno mismo. El que no se quiere difícilmente puede querer al prójimo, dicen los terapeutas-charlatanes. Y el prójimo, a su vez, no lo querrá a uno de vuelta.

Ese es exactamente el problema básico de la elite de centro-izquierda cercana al corazón de la Concertación: se ha querido poco a sí misma. Intuyéndolo, el electorado hoy lo piensa dos veces antes de darle el voto. Uno supondría que la alianza política más exitosa del Chile del siglo XX, la que condujo una transición pacífica a la democracia, la que recuperó las libertades públicas, la que le dio al país la década con el mayor crecimiento económico y la menor inflación y los mejores indicadores sociales de

su historia, tendría cierto orgullo. Pero en vez de pavonearse feliz, la Concertación se la pasa pidiendo perdón.

El planteamiento frente a la primera vuelta de las elecciones presidenciales en diciembre de 1999 fue un ejemplo clásico. Chile es un país desigual, dijeron algunos voceros con vergüenza, como si esto fuese a sorprender a alguien; la distribución del ingreso ha mejorado apenas en la última década, añadieron, sin constatar que ello debería ser fuente de orgullo, ya que en buena parte del mundo se había deteriorado durante el mismo período. Todo ha cambiado para quedar igual, dijeron otros. En suma, la Concertación no había cumplido con su promesa de *crecimiento con equidad*, dieron a entender.

Como descripción socioeconómica ésta era al menos inexacta –vimos más arriba que indicadores varios, por mucho que se les objete, muestran que los chilenos vivimos hoy mejor que nunca en nuestra historia. Y como planteamiento electoral era masivamente errado. Difícilmente una coalición que lleva una década en el poder puede decirle al país que las cosas están mal, que las promesas fueron echadas por la borda, y acto seguido pedirle a los votantes seis años más en La Moneda.

Acaso el origen del problema se remonte a la transición pactada, con la que algunos grupos que lucharon contra Pinochet todavía no se han reconciliado. Acaso se deba al triunfo indudable del capitalismo –con individualismo a cuestas–, cosa que a los sectores de impronta más comunitarista aún les cuesta tragar. Pero lo cierto es que buena parte de la Concertación –en especial su ala intelectualota– no se ha enorgullecido de sí misma, ni de su engendro. Buena parte de la izquierda chilena, así como sectores de la Democracia Cristiana, visceralmente no toleran el Chile de hoy. Los más elitistas arriscan la nariz ante los *malls*, la fealdad de las casitas hechas en masa en Maipú y el mal gusto de la televisión abierta; los más tradicionalistas echan de menos el Chile fiscal de un proletariado militante y una clase media presumiblemente ilustrada.

Como opción ético-estética me parece impecable (a mí tampoco me gustan los *malls*, ni los horribles edificios que poco a poco van tapando nuestras playas; también añoro el estado docente que entusiasmó a mi abuelo radical). Pero como punto de partida de un análisis, tal postura es improductiva: la nostalgia del pasado nunca fue una buena pista para entender el presente, y menos el futuro. Y como pilar de una estrategia política, una vez más, es deplorable. Difícilmente puede un grupo al que no le gusta Chile, que contempla al país con el mohín de quien huele podredumbre, pretender entenderlo, encarnar sus aspiraciones, y menos aún liderarlo.

Para más remate, la actual coyuntura económica ha acrecentado la depresión del ala auto-flagelante de la Concertación. Mientras el mercado creó trabajos y permitió crecer al siete por ciento, había que mantener semioculto el rictus de desagrado. Pero ahora que la cesantía bordea el 10 por ciento es lícito dar rienda suelta a cuanta sospecha atávica se cobijó por todos estos años: el mismo *modelo* que hace poco nos tenía convertidos en el tigre del vecindario ahora sufre de desempleo estructural (ya quisiera uno saber qué significa eso), genera desigualdades crecientes, aliena a los ciudadanos, etc.

Esta reacción es precisamente opuesta a la que ha tenido el votante medio. Nadie duda que en materia económica los últimos tres años han sido difíciles. Pero en Chile el asunto del *modelo* sólo

excita a un puñado de intelectuales. Como muestra el apoyo creciente a Lavín y a la derecha, para el resto de la población el asunto no es reinventar la rueda, sino conseguir que ruede mejor. Es fácil denostar esta actitud como mero *cosismo*, pero en el fondo la del votante es una lectura bastante sofisticada de la experiencia histórica: en décadas pasadas Chile y el mundo experimentaron con los sistemas económicos más diversos; casi todos terminaron en el fracaso. El actual sistema es imperfecto, pero más o menos funciona. *Echémosle p'adelante entonces*, concluye la gente.

La depresión de la elite progresista concertacionista, entonces, tiene raíces culturales y económicas. El cuadro de aquella melancolía lo completa un fenómeno puramente político: a esa elite la aterra perder su actual control del estado. En esta dimensión la izquierda chilena es muy distinta a la derecha. Los conservadores salieron del estado en la década de los 30 y no volvieron en pleno hasta 1973. En esas décadas el mundo conservador se construyó a sí mismo fuera del aparato gubernamental. Tal proceso se aceleró fuertemente bajo el gobierno militar, pero ha continuado en democracia. ¿Cuántos institutos, *think tanks*, medios de prensa o asociaciones gremiales de tinte derechista no se fundaron o fortalecieron en estos años? Abruma la sola lista de nuevos colegios y universidades ligados al más integrista de los catolicismos. Hoy la derecha se siente casi tan cómoda operando desde dentro del estado como fuera de él. Dicho de otro modo: el poder del gobierno es un mero complemento a una formidable red de influencias ya instalada.

La elite de centro-izquierda también logró insertarse en la sociedad, pero pasajera. Entre mediados de los 70 y fines de los 80 florecieron, a pesar de lo árido del terreno, instituciones progresistas y liberales varias. Pero el propio éxito electoral de la Concertación fue también su maldición. A partir de 1990 la fuga de cerebros de las organizaciones no gubernamentales a los ministerios fue masiva; se cerraron institutos, desaparecieron revistas. ¿Cómo no trocar las oficinas mal calefaccionadas de tanta ONG ñuñoína por la amplitud de un despacho ministerial?

El surgimiento electoral de la UDI y Lavín ha revelado el lado negro de este cambio. Con la derecha en La Moneda, ¿qué sería de la Concertación? De qué instituciones –centros de estudio, universidades, asociaciones profesionales, revistas, diarios, canales de televisión– podría nutrirse, en qué terrenos de la sociedad civil podría enraizarse, para montar una oposición efectiva? La verdad es terrible: casi ninguna. Esto tiene consecuencias nacionales: si a la Concertación se le han ido acabando las ideas, es porque ellas no se generan desde el gobierno sino desde la sociedad (¿alguien conoce un ministro que tenga tiempo para pensar en el mediano plazo?). También tiene un aspecto personal: el miedo a perder el trabajo. La noche de la primera vuelta presidencial un amigo escritor imaginaba las masas de sociólogos y analistas varios que, en caso de un triunfo derechista, se aferrarían a las rejas de la Flacso o la Cepal pidiendo un escritorito, implorando una media jornada. Deprimente imagen. De ahí deriva buena parte de la angustia de la Concertación.

Sería exagerado afirmar que la elite autoflagelante le ha contagiado su depresión a Chile. Al fin y al cabo, el famoso texto de Moulian con suerte lo compraron unos pocos miles (¿cuántos de esos lo leyeron?) y con cada número de Rocinante probablemente la cosa no es muy distinta. Pero algo tiene que influir que el grupo que parcialmente controla el aparato del estado sufra de melancolía terminal. El gobierno, al decir de los gringos, no sólo administra, sino que también es un púlpito: desde ahí se predicán los sueños comunes y se alivian los dolores compartidos. Amparado en ese púlpito el típico autoflagelante le dice a la gente que sus sueños, meros sueños son. Tal mensaje algo tiene que influir.

2. *Del opus dei al opus night*

A la elite de derecha chilena –incluyo aquí a empresarios, políticos, conservadores culturales varios y a todos los que les prodigan aliento desde los medios de comunicación– le pasa algo parecido. Los conservadores chilenos, liderados por la UDI, son víctimas de una gran ironía: ganaron por *knock out* la batalla de la economía; se apoderaron de las alturas financieras y periodísticas del país, las que reforzaron con fácticos cañones; lograron armar el único batallón serio y disciplinado que la derecha chilena ha tenido en mucho tiempo; acaso pronto ganen más batallas electorales, sin exceptuar la madre de todas ellas –la presidencial. Pero al contemplar el país que prohicieron tienden, al igual que la izquierda, a arriscar la nariz.

El problema para la derecha es que Marx tenía razón. No en sus predicciones acerca de la llegada del socialismo, donde se cayó de bruces, pero sí en su comprensión del capitalismo. Como sostuvieron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*,

La burguesía, históricamente, ha jugado un papel revolucionario... Cada vez que tuvo el poder, le puso fin a las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha destruido sin piedad los vínculos que ataban al hombre a sus "superiores naturales"... La burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción,... y con ello todas las relaciones de la sociedad.... Lo que era sólido se vuelve aire, todo lo sagrado es profanado.

El mercado ha revolucionado muchas cosas en Chile. Y no todos esos cambios revolucionarios son del gusto de la derecha.

El primer cambio tiene que ver con los negocios. Por quince años, más o menos, ser empresario en Chile fue tirar y abrazarse. Las privatizaciones crearon una categoría de empresa privada con grandes ineficiencias iniciales y por lo tanto con posibilidad de tremendas mejoras futuras. Añádase a eso un marco regulatorio seguro, niveles de riesgo relativamente bajos en sectores como energía eléctrica y telefonía básica, un peso que se apreciaba sostenidamente en términos reales, y tenemos una situación en que la rentabilidad en dólares de esas empresas resultó fenomenal. Los nuevos dueños sin duda las modernizaron, hicieron más eficientes y expandieron su gama de actividades. Pero no hay muchas partes en el mundo en que la recompensa por tal labor sea 20 ó 25 por ciento al año, por más de una década. Gracias a esos retornos descomunales surgió una nueva generación de empresarios-millonarios en Chile.

A éstos les fue tan bien que más temprano que tarde realizaron el sueño de todo inversionista: le vendieron la empresa a un gigante multinacional –las Endesas y AES y Santanderes del mundo. Se llevaron la plata para la casa, la pusieron debajo del colchón, y ahí comenzó la depresión: ¿qué hacemos ahora? La respuesta no era ni es obvia. Nadie sabe cuál será la próxima locomotora de la economía chilena. ¿Exportaciones no tradicionales? ¿Nuevos servicios para una población chilena que envejece y se hace más próspera? ¿Productos *high tech* de la nueva economía? ¿Alguna otra? Sea cual sea, sin duda resultará más riesgosa y menos rentable de lo que fueron la gran mayoría de los productos de los 80 y 90.

Los empresarios que siguen en sus rubros tradicionales también deben enfrentar un nuevo mundo. La llegada de tanta empresa extranjera es una fuente de competencia; también lo es la apertura creciente de la economía: dentro de poco el arancel general será 6 por ciento, y mucho menos para todos los productos sujetos a diversos acuerdos de libre comercio. La entrada al Mercosur y a Nafta, si es que algún día se concreta, será el broche de oro de este proceso. Y no es ésta la única fuente de incertidumbre. El cambio tecnológico exige reestructuraciones varias de alto costo e incierto rendimiento. La evolución demográfica y cultural hace que el consumidor no se contente con el mismo producto de siempre, *marketeado* del mismo modo.

En este nuevo entorno, los grandes empresarios chilenos están sintiendo la presión de emprender. Crear empresas y nuevos productos. De eso en Chile se ha hecho poco. Las grandes compañías chilenas son, casi sin excepción, ex empresas estatales. Producen bienes homogéneos (energía eléctrica, recursos naturales de bajo procesamiento), que poco dependen de los gustos cambiantes del consumidor. Qué distinto es inventar una empresa de la nada, como ocurre varias veces al día en Silicon Valley. Y qué distinto es reinventarla cada seis meses para ponerse a tono con las nuevas exigencias del mercado.

En su libro *La irrupción de las masas y el malestar de las elites*, Eugenio Tironi argumenta que el empresariado chileno no está preparado para operar en este nuevo mundo en que el consumidor es rey. Hacerlo implica estar cultural y físicamente cerca del consumidor; los empresarios chilenos (cito de nuevo a Tironi) son elitistas, tienen dificultades para moverse en subculturas distintas a la propia, y son más rígidamente conservadores y católicos que el promedio de la población. Responder rápidamente a las demandas cambiantes del consumidor requiere empresas flexibles y poco jerárquicas, en que la información también fluya de abajo hacia arriba; en las compañías chilenas, por contraste, al superior se le trata de *don*, y la distancia jerárquica entre un técnico y un gerente sigue siendo sideral.

Adaptarse a todo esto es difícil y de requisitos inciertos. El mundo cambia. Un gerente extranjero puso a sus subalternos locales a hacer gimnasia en el patio todas las mañanas. Los ejecutivos que buscan renovar sus redes informáticas deben entenderse con un ejército de computines desgredados y barbudos. Tradicionales productos chilenos son rechazados en el extranjero por antiecológicos. Los supuestos de siempre se desploman y las tasas de rentabilidad también. Tamaña sorpresa, entonces, de que nuestro empresariado muestre visos de depresión.

El segundo problema de la derecha chilena es que el capitalismo no sólo les cambió el país, sino también el mundo. El arresto de Pinochet fue emblema de esta revolución. Los universitarios ingenuos y sus aliados sindicales que protestan en Génova y Gotemburgo suponen que la globalización es un fenómeno de derecha. Pero desde San Damián o La Dehesa parece más bien de izquierda. ¿Un juez español, espoleado por un comunista ex colaborador de Allende, se da el lujo de ordenarles a unos policías ingleses que detengan a Pinochet? ¿Un tribunal internacional penal, poblado de jueces negros de países que uno nunca ha oído mencionar, puede terminar metiéndoles juicio a colaboradores varios del régimen militar? ¿Qué mundo es éste, por favor! Poco después del arresto del general escuché a un conservador banquero neoyorquino bromear que Pinochet era de lo más cinematográfico: partió como *Paciente Inglés* y bien podía terminar de *Prisionero Español* (buena película de David Mamet, esta última). Ese no es el tipo de chiste que los banqueros chilenos, tan buenos para la talla ellos, suelen contar.

A la derecha chilena le gusta hablar de modernización. Pero hoy sólo es moderno, dice el lugar común, el que se integra y globaliza. ¿Y cómo puede propugnar la elite conservadora chilena la integración a un mundo crecientemente liberal, en que para ser bien recibido no basta con ir bien vestido, sino que también hay que ser demócrata y tolerante? ¿Integrarse a un mundo en que hasta los banqueros conservadores se ríen del general? Peliagudo asunto.

Incluso la más superficial parafernalia de la modernidad –internet, televisión por cable, celulares a diestra y siniestra– conspira contra el proyecto conservador chileno. Con la revolución de las comunicaciones se van acabando las censuras y autocensuras, se van minando las verdades oficiales y oficiosas. Los chinos comunistas aprendieron la lección después de Tiannanmen, al inundarse con los faxes que les enviaba un mundo indignado. Y en Chile estamos viviendo lo mismo, pero en versión acelerada. El Libro Negro de la Justicia Chilena fue prohibido a petición de Servando Jordán, pero todos lo leímos en la página web de *La Tercera*. ¿Cuánto falta para que algún audaz empiece a publicar cibernéticamente los secretos de las finanzas de los partidos políticos, como ocurre en EE.UU.? ¿O los escándalos sexuales de las familias reales, como ocurre en Europa? Sospecho que poco. Y con ello el control de lo que en Chile se dice por parte del *establishment* en general, y la derecha en particular, irá debilitándose.

Lo que nos lleva a la tercera fuente de depresión del mundo conservador: en las palabras de más de algún obispo, *la crisis moral que nos afecta*. La combinación de prosperidad relativa y liberalismo económico trae consigo inevitablemente un mayor liberalismo en las costumbres. En Chile los dueños de las redes de cable y otros moralistas varios resistieron tenazmente el asedio del Playboy Channel y similares. Pero en la lucha entre el precepto y la carne, ésta última lleva todas las de ganar. El señor que con tanto esfuerzo ahorró para instalar el cable quiere ver a las chicas desnudas que le ofrecen los canales extranjeros sin el permiso de autoridades de casulla o traje oscuro. Y así, efectivamente, ha terminado ocurriendo.

Hace un par de semanas un ex alcalde de Zapallar voceaba ansioso desde los titulares de la revista *Caras*: “los hijos de la elite andan zafados y los padres no saben qué hacer”. Con o sin recesión, los jóvenes de Chile hoy farrean más y mejor. También copulan a destajo (el 71 por ciento de las mujeres y el 86 por ciento de los hombres entre 18 y 24 han tenido relaciones sexuales¹). Y piensan distinto que sus progenitores. Los hijos que no le hacen asco al condón y toleran la homosexualidad y dicen estar abrumadoramente a favor del divorcio son no sólo prole de sus padres, sino también de la televisión, el rock, el turismo mochilero, el trabajo *part time* en un Esso Market, y la posibilidad (no siempre accesible, pero no por ello menos deseada) de irse a vivir solos a los veintitantos años. Es decir, son hijos de la modernización capitalista.

Fueron los conservadores, con sus políticas de apertura económica y fomento a la globalización, los que, en buena parte, gatillaron este proceso. Tremenda culpa. Tamaño embrollo. Otra causa insoslayable de depresión.

1 Encuesta de Conasida divulgada por *La Tercera*, 5 de diciembre del 2000.

3. Cambia, todo cambia

Para el resto del país el desconcierto del cambio no ha sido menos intenso. Como toda sociedad cuyo ingreso per cápita se duplica en una década, Chile ha vivido una verdadera revolución social. Las transformaciones tocan a todos los sectores, pero especialmente a los medios. Ya es lugar común de la sociología nacional que la vieja clase media –aquella en que tradicionalmente se apoyó la centro-izquierda, el empleado estatal, el profesor normalista, el profesional de provincias– es cada día más escuálida. Ha sido reemplazada por los Faúndez de la pequeña empresa, pujantes e innovadores, pero también temerosos de la recesión, el desempleo, el crimen, las drogas y otras lacras de la modernidad. El señor que es el primero en su familia en tener auto no quiere que se lo roben; *ergo* la preocupación con la delincuencia. La señora que ahorró para mandar a los niños a un colegio particular se abisma cuando aprenden poco; de ahí las pesadillas acerca de la calidad de la educación. El ejecutivo medio endeudado hasta las orejas sufre tanto como cualquiera cuando pierde la pega; en la actual recesión ha habido decenas de miles de ellos que han recibido el “sobre azul”.

Y es que la sociedad chilena de hoy es muy distinta a la de hace veinte años. El primer y quizá mayor cambio afecta a la familia. Los avisos de la tele siguen mostrando a los dos padres con los tres críos. Pero esa familia es cada día menos representativa. En buena parte de las familias chilenas la madre es la jefa de hogar, y al padre no se le divisa por ninguna parte. Cada día hay más gente –profesionales solteros, viudas y viudos– que vive sola. Baste notar que de acuerdo a la consultora A. C. Nielsen, en los últimos cinco años el consumo de sobres de sopa para uno se ha duplicado. Y que los departamentos de un ambiente, inexistentes hace quince años, hacen nata hoy en la capital.

La estructura demográfica también está cambiando y bruscamente. Hoy la expectativa de vida al nacer es 73 años para los hombres y 79 para las mujeres. Sumado a la caída secular en la natalidad, esto significa que la población chilena se está envejeciendo aceleradamente. El año 2025 el 18 por ciento de los chilenos tendrá 60 años o más, en contraste con 10 por ciento hoy, y 8 por ciento en 1960. Y el porcentaje de jóvenes menores de 15 años está reduciéndose rápidamente. En 1960, 39 chilenos de cada cien eran menores de 15; hoy la cifra es 29 de cada cien, y será de 22 en 2025. Es decir, en ese año habrá casi tantos viejos como jóvenes en Chile.

Otro cambio clave afecta la relación del chileno con el mundo del trabajo. Por décadas éste fue un país de empleos estables, especialmente en ese gran empleador que era el sector público. Se entraba a los 18 a la sucursal del Banco del Estado en Cauquenes y se jubilaba a los 65. Eso se acabó en todo el mundo y Chile no es la excepción. Hoy la rotación de empleos es cada día más acelerada. Y a los que mantienen sus cargos, fácilmente pueden trasladarlos a la sucursal de Copiapó o Aysén. Y cada día hay más trabajo *part time*, con jornada flexible, etc.

Estas transformaciones son en buena medida fruto de una mayor prosperidad y modernidad. Las solteras que viven solas, por ejemplo, hoy lo hacen porque *pueden*: antes no les alcanzaba la plata o las miraban raro en el vecindario. Y los cambios abren mayores perspectivas de felicidad: qué distinta es la vida si se puede vivir 15 años más allá de la jubilación compartiendo con parientes y amigos.

Pero estos cambios también tienen una gran y común consecuencia: mayor inseguridad. El que vive solo se siente más inseguro; lo mismo le pasa al que llega a los setenta y le teme a la falta de

atención médica; o al que sabe que en cualquier momento la empresa en la que trabaja lo puede convertir en una víctima del *downsizing*. Es casi un lugar común que en los países avanzados –en especial en EE.UU., en que estas tendencias son más marcadas– el progreso económico crea grados crecientes de incertidumbre entre la gente. Detrás viene el desasosiego, el desencanto de muchos con la sociedad contemporánea, por próspera que sea.

4. El país invisible

En Chile sin duda hay mucha gente que lo pasa mal. Una cuota de desdicha es parte inevitable de la experiencia humana. Más aún en un país como el nuestro –chico, distante, católico, todavía pobretón, malo para el fútbol y propenso a los terremotos. Pero de ahí a concluir que con nuestras propias acciones nos hemos condenado al sufrimiento, como hace hoy tanto profeta de la depresión, hay un gran trecho.

Chile, en el lenguaje de los todopoderosos publicistas, es un país en marcha. Pero marchamos cojeando y asustados de lo que podamos hallar en la próxima vuelta del camino. Los grupos altos y medios lideran la marcha y por lo tanto son los más asustados. Como la prensa y la televisión les prestan una atención desmedida, sus temores individuales o familiares se han convertido en obsesiones mediáticas: el desempleo es más visible cuando muchas de sus víctimas son de cuello y corbata, como ocurre hoy; la violencia juvenil no capturó titulares hasta que los jóvenes empezaron a matarse en las *discos* de Cachagua. Lo malo que pasa es más malo si pasa en Las Condes y lo bueno también: Lavín no habría estado a punto de llegar a La Moneda tras ser un espléndido alcalde de Cochamó.

Vivimos mejor, pero nos preocupamos más. ¿Atributo inevitable de la modernidad? Quizá. Lo único cierto es que peor sería estarnos quejando del fenómeno opuesto. Por suerte el desarrollo capitalista se ha dignado a hacernos una visita. Como dijo Groucho Marx, es tremendo ser criticado, pero mucho más doloroso es ser ignorado.